

Anastasio Ovejero Bernal

**LA CARA OCULTA DE LOS
TEST DE INTELIGENCIA**
Un análisis crítico

BIBLIOTECA NUEVA

Prólogo

La historia y el presente de las ciencias sociales están atravesados de profundas controversias sobre los conceptos, métodos y problemas con los que y hacia los que orientan sus investigaciones. Una de esas controversias, ya clásicas, es la que gira en torno al relativo peso que cabe adscribir a las variables relativas al «medio ambiente» (habría que ver qué es eso del medio ambiente para los seres humanos) frente a las variables genéticas en la explicación del comportamiento: naturaleza frente a cultura, crianza y aprendizaje frente a herencia biológica, etc. Lo que en principio podría considerarse como una forma aproximativa de ordenar el conjunto de variables y mecanismos implicados en el condicionamiento o la determinación de la conducta se polariza abstractamente en una implausible polarizada dicotomía, cuyos términos, sin embargo, la realidad empírica hace necesariamente interdependientes. E incluso sin la posibilidad de escindir adecuadamente las variables de uno y otro polo por falta de técnicas suficientemente discriminativas (a pesar de los estudios de gemelos univitelinos) se enarbolan las banderas de esa antítesis con fervores más propios de una cruzada místico-cientificista, con inconfundibles improcedentes resonancias corporativistas, que de la prudente, sobria y ecuánime actitud analítica que tan graves y complejas cuestiones requeriría. Porque cosa grave es aventurarse en la clasificación de los seres humanos en una dimensión tan difícilmente definible, elástica y contingente, pero que socialmente, sin embargo, confiere diferentes grados de esencial dignidad, como valor que emanaría de ese reducto último que constituye la propia y distintivamente personal, y que es su base genética.

En gran medida esta confrontación se ha debido a la espléndida e irresistible influencia de Darwin, cuyo pensamiento es proyectado inadecuadamente en muchas ocasiones como última invocación para entender la realidad humana. Desde muy temprano¹ ha sido utilizado Darwin (que no era darwinista social) como fundamen-

¹ J. M.^a Blanch, «Biología i biològisme en la teoria psicosocial», *Estudi General*, núm. 3, 1983, págs. 189-198.

to de las ideologías biológicas, como legitimación de un reduccionismo que, asumido coherentemente, deja sin espacio a la ciencia social, relegando a un muy segundo plano el papel constitutivo que la herencia sociocultural tiene en todo lo humano, y negando la relativa autonomía —pero aunque relativa no menos real— que la evolución cultural ha adquirido desde y en el contexto de (y si se quiere, a veces frente a) la evolución biológica. El reconocimiento de esta relativa autonomía permite vislumbrar la evolución humana como un proceso en el que la propia humanidad puede intervenir ya, porque ha devenido consciente del mismo y puede también anticipar en parte las consecuencias de su acción. Es decir, el ser humano ya no es sólo resultado de la evolución sino sujeto activo de la misma. La historia natural se ha hecho en el hombre conciencia histórica, realidad histórico-cultural anclada a la vez en la biosfera y en la noosfera. El hombre, como señala Carlos París en línea con la mejor reflexión antropofilosófica, es un animal cultural. Lo que significa que el horizonte de su evolución ha desbordado su clausura genética.

Aparentemente todo esto es reconocido incluso por los propios sociobiólogos. Así Dawkins escribe al final de su famoso libro *El gen egoísta*²: «Tenemos el poder desafiar a los genes egoístas de nuestro nacimiento y, si es necesario, a los genes egoístas de nuestro adoctrinamiento... Algo que no tiene lugar en la naturaleza, algo que nunca ha existido en toda la historia del mundo. Somos contruidos como máquinas de genes y educados como máquinas de genes, pero tenemos el poder de rebelarnos contra nuestros creadores». Y el mismo Wilson³ afirma que: «El *Homo sapiens*, la primera especie verdaderamente libre, está a punto de licenciar la selección natural, la fuerza que nos hizo. No existe destino genético fuera de nuestro libre albedrío, no se nos ha provisto de ningún norte hacia el que podamos trazar el rumbo. La evolución, incluido el progreso genético en la naturaleza y la capacidad humana, será a partir de ahora cada vez más el ámbito de la ciencia y la tecnología atemperadas por la ética y las opciones políticas». Aunque el propio Wilson⁴ se encargue contradictoriamente de recordar que: «... Estamos aprendiendo el principio fundamental de que la ética lo es todo. La existencia social humana, a diferencia de la animal, se basa en la propensión genética a formar contratos a largo plazo que por la cultura evolucionan en preceptos morales y ley. Las reglas de la formación de tales contratos no se dieron a la humanidad desde arriba, ni surgieron aleatoriamente en la mecánica del cerebro. Evolucionaron a lo largo de decenas o cientos de milenios porque conferían supervivencia y oportunidades de estar representados en las generaciones futuras, a los genes que los prescribían». Lo que coincide sustancialmente con lo que escribía en *Sobre la naturaleza humana*⁵: «... Los genes sostienen a la cultura al extremo de una correa. La correa es muy larga, pero los valores inevitables se limitarán de acuer-

² R. Dawkins, *El gen egoísta*, Barcelona, Salvat, 1985, pág. 298.

³ E. O. Wilson, *Cosiliencia: La unidad del conocimiento*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1999, página 404.

⁴ Wilson, ob. cit., pág. 435.

⁵ E. O. Wilson, *Sobre la naturaleza humana*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980, páginas 236-237.

do con sus efectos en el banco genético humano. La conducta humana... es la técnica tortuosa por medio de la cual el material genético humano ha sido y será conservado intacto. No es posible demostrar otra función definitiva de la moral». No es necesario ser antidarwinista para percatarse del carácter reduccionista, contradictorio y circular del pensamiento que traslucen estas citas. La sociobiología ha sido objeto de múltiples y muy variadas críticas. Y también los sociobiólogos. Un autor tan poco sospechoso de antidarwinismo como Dennett⁶ escribe por ejemplo: «La típica incapacidad de Wilson y otros sociobiólogos para considerar a sus críticos como algo más que fanáticos religiosos o esotéricos científicamente analfabetos, es, una vez más, una triste y excesiva oscilación del péndulo».

Pero más allá del dogmatismo científicista personal lo que importa destacar es el carácter ideológico, es decir, sistemáticamente parcial, de su pensamiento. Esa parcialidad ideológica se produce por la excesiva dependencia explicativa del «materialismo biológico» (herencia) y la sistemática ignorancia y/o minusvaloración del potencial explicativo del «materialismo histórico-socio-cultural» («medio ambiente» distintivamente humano). Lo que revela su carácter ideológico es que mientras que desde un punto de vista científico ese diferencial acento explicativo no parece demasiado plausible —ni desde el ético aconsejable—, desde un punto de vista político sintoniza con las ideas que legitiman el orden social existente y la estructura dada de poder, al consagrarlos como isomórfico resultado de estructuras «naturales» (biológicas) más profundas e inalterables, fuera del alcance de la acción y decisión humanas. La utopía es invalidada y ridiculizada como religiosa superstición; pero también el sentido, orientativo o normativo, que en la dirección de la acción pueda ejercer cualquier sistema de valores.

Un apartado sumamente complejo y comprometido de esta controversia es el de la interpretación de las variaciones interindividuales, entre clases sociales o entre razas en las puntuaciones de los test de inteligencia. Recuerdo las acaloradas polémicas que levantó el artículo de Jensen⁷ a finales de los años sesenta, reproducido después en 1972 en su libro *Genetics and Education* (Methuen, Londres), secundado en Europa por el texto de Eysenck⁸ *Raza, inteligencia y educación*. De las múltiples lecturas que por aquel entonces realicé para aclararme yo mismo sobre la cuestión me pareció observar que los genetistas que habían estudiado con detenimiento estas cuestiones, como con Bodmer⁹, Cavalli-Sforza, Rose, Dobzhansky, etc. no compartían el expeditivo peso explicativo adscrito a los factores genéticos en las diferencias de puntuación en los test. Sin negar que tales factores puedan tener efectos importantes en las diferencias del CI entre blancos y negros subrayan, sin embargo, que la evidencia acumulada hasta el momento es insuficiente e inadecua-

⁶ D. C. Dennett, *La peligrosa idea de Darwin*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1983, pág. 786.

⁷ A. R. Jensen, «How Much Can We Boost IQ and Scholastic Achievement?», *Harvard Educational Review*, 39, 1969, págs. 1-123.

⁸ H. J. Eysenck, *Raza, inteligencia y educación*, Barcelona, Ediciones Aura, 1973.

⁹ W. F. Bodmer, «Race and IQ: The Genetic Background», en Ken Richardson y David Spears (eds.), *Race and Intelligence*. Baltimore, Md., Penguin Books, 1972, págs. 83-113.

da para dirimir la cuestión, y que los términos en que está planteada no permiten una respuesta definida con las técnicas disponibles. Más recientemente Cavalli-Sforza¹⁰ mantiene una posición similar. Pero desde la misma psicología venían a formularse correctivos de mayor calado crítico a la línea reinterpretación Jensen-Eysenck. Especial significación tuvo —y sigue teniendo— para mí la cuidadosamente medida declaración del Consejo de la Sociedad para el Estudio Psicológico de los Problemas Sociales (Society for the Psychological Study of Social Issues), que forma parte de la Asociación Americana de Psicología, presidido por Martin Deutsch e integrado por personas como Thomas F. Pettigrew, Kurt W. Back, William A. Gamson, Harold B. Gerard, Edwin P. Hollander, Philip G. Zimbardo, Robert Kahn, Harold L. Proshansky, M. Brewster Smith, etc. La cita de algunos párrafos puede ser indicativa al respecto¹¹: «Existen claras diferencias en las puntuaciones de los test de inteligencia cuando se compara una muestra aleatoria de blancos y negros. Lo que resulta igualmente claro es que muy poca evidencia definitiva existe que lleve a la conclusión de que tales diferencias sean innatas... Una comprensión más exacta de la contribución de la herencia a la inteligencia será posible sólo cuando las condiciones sociales para todas las razas sean iguales y cuando esta situación se haya prolongado durante varias generaciones... Formular cuestiones sobre conductas complejas en términos de herencia frente a medio-ambiente es simplificar en exceso la esencia y naturaleza del desarrollo comportamiento humanos... Debemos igualmente reconocer las limitaciones actuales de los test de inteligencia... Debemos también señalar el hecho de que el concepto de raza es definido la mayor parte de las veces socialmente por el color de la piel, y que resulta muy difícil determinar diferencias raciales genéticamente...»

Unos años más tarde, entre nosotros, Juan del Val¹² llegaba a conclusiones del mismo tenor en un trabajo en el que ya se hacía eco del libro de Kamin, con sus revelaciones en torno a los dudosos datos sobre gemelos idénticos de Sir Cyril Burt que apoyaban las tesis genetistas.

Como el lector tendrá ocasión de comprobar, al adentrarse por el texto que tiene en sus manos, la polémica ha proseguido hasta el presente. Es más, el hecho mismo de su publicación hace prever que la polémica va a continuar. Por el momento, su resonancia ha sido enorme. Hasta tal punto que ese empeño por acentuar los aspectos biológicos en la reinterpretación de las diferencias del C I desde un planteamiento conceptual apresurado —si no tautológico— y una precaria evidencia empírica es visto por un historiador de la ciencia¹³ como ejemplo de irresponsabilidad científica.

¹⁰ L. Cavalli-Sforza y F. Cavalli-Sforza, *Quiénes somos: Historia de la diversidad humana*, Barcelona, 1994.

¹¹ SPSSI Council «Statement on Race and Intelligence», *Journal of Social Issues*, vol. XXV, núm. 3, 1969, págs. 1-3.

¹² J. del Val, «La herencia del cociente intelectual: ¿Un problema sin sentido?», *Cuadernos de psicología*, núms. 10-11, 1977, págs. 8-23.

¹³ J. M. Sánchez Ron, *Los mundos de la ciencia*, Madrid, Espasa Calpe, 2002, págs. 249-254.

Es en este contexto en que se revela la importancia del libro del profesor Ovejero, que puede considerarse como una investigación paradigmática de psicología social de la ciencia y de psicología social crítica. Pero de esa crítica que amplía el horizonte de intelección de una disciplina al mostrar de raíz la inadecuación de alguna de sus líneas de investigación, y al poner de manifiesto sistemáticamente las conexiones extracientíficas que coherentemente sesgan sus interpretaciones e infravaloran alternativas plausibles de explicación e intervención. Pero ese desmontaje no puede realizarse sin poner en cuestión muchos de los supuestos en que se asienta la mística pseudocientífica de estos autores. De ahí que el trabajo del profesor Ovejero haya tenido que adentrarse y profundizar en complejas consideraciones de carácter filosófico-científico y arriesgarse a cuestionar instrumentos y prácticas que algunos sectores consideran como propios, representativos y, quizás, demasiado centrales para la consecución de la respetabilidad científica. Y es claro que las llamadas a una autoconsciencia más crítica no son siempre bien recibidas, a pesar de la necesidad del esfuerzo intelectual que hacen en clarificar y superar el simplista maniqueísmo teórico (y metateórico) del que parten, y a veces refuerzan, controversias de esta naturaleza.

Un aspecto que confiere una gran altura al texto es la amplitud de la perspectiva histórica con que es estudiado el problema. Los datos que el autor nos va proporcionando, a medida que avanza en el desarrollo de su argumentación, encajan sólidamente en su estrategia interpretativa de esa línea de pensamiento que desde Galton se prolonga hasta nuestros días, y cuyo denominador común consiste en una asimilación inmediata de la realidad humana, individual y social, a sus supuestos fundamentos biológicos, evolutivos y/o genéticos, instaurándolos como un nivel de explicación suficiente de todas las manifestaciones de esa realidad humana, en este caso de la inteligencia. Variaciones sobre ese reduccionismo biologista que, en distintas formas, se viene manifestando recurrentemente desde el último tercio del siglo XIX. Las referencias al marco histórico concreto en que se van desarrollando estas tradiciones de investigación del CI son sin duda muy iluminadoras y, en ocasiones, inquietantes. Es difícil también no experimentar cierta indignación moral al contemplar los usos y prácticas sociales en que a veces se inscriben los test de inteligencia, sin la debida reflexión en torno a la interpretación de sus resultados y las posibles consecuencias de su conocimiento. La historia del siglo XX es demasiado densa en términos de criminales acontecimientos racionalizados desde categorías e interpretaciones pseudobiológicas como para permanecer insensible ante prácticas o concepciones que pudieran guardar, aunque remotamente, ciertas semejanzas con los mismos. Pero también produce cierta indignación —incluso tristeza— intelectual comprobar cómo algunos de los padres fundadores de nuestras disciplinas, desde una imperturbable seguridad más propia del doctrinarismo ideológico que el talante científico, se aventuran en la defensa de políticas sociales, económicas, educativas, etc. como si éstas derivasen necesariamente de sus investigaciones o de un *corpus* científico establecido, y no también de sus valores, creencias o intereses. En ese sentido la relectura de Wilson o de Eysenck no puede dejar de recordarme a McDougall o a Le Bon. Cuando releo por ejemplo los textos de este último es imposible no sentir una inquietante perplejidad ante el aplomo de autoconvencido rigor

científico con que enuncia medias verdades, insultos y estupideces sobre el socialismo y toda la grey de «inadaptados» que lo adoptan como una religión, conservadurismo político-económico o, simplemente, actitudes fascistas, junto con perspicaces observaciones e, incluso, intuitivas anticipaciones históricas. Para mí que sentimientos parecidos tiene que haber ido experimentando el profesor Ovejero, aunque con mayor frecuencia, a lo largo de los esfuerzos que le han permitido concluir esta brillante investigación. Y es muy posible que el apasionado tono polémico del libro se deba en gran medida a esa reiterada experiencia. A ella creo se debe también la gran sensibilidad ética y política que el autor nos muestra ante los problemas que plantean los usos de la ingeniería genética.

En cualquier caso, quiero reiterar que estamos ante un libro importante que nos informa detalladamente acerca de los términos históricos y actuales de una controversia central en las ciencias sociales, que nos aporta materiales y elementos de juicio que nos permiten mirar con mayor claridad y fundamento el conjunto de cuestiones que se plantean en torno a esa controversia y que, por tanto, abre vías para nuevos planteamientos conceptuales menos simplistamente dicotomizadores. Una lección metodológica fundamental que se desprende de la lectura de este libro podría resumirse en forma de máxima con estas palabras: Para una mejor explicación, menos reduccionismo y más interacción.

JOSÉ RAMÓN TORREGROSA